

Crónicas de R. Arlt en Rio de Janeiro: ¿hospitalidad u hostilidad?

Eleonora Frenkel

(UNIOESTE-CAPES/PNPD)

eleonora.frenkel@gmail.com

Resumen

El texto trae una reflexión sobre la hospitalidad y la hostilidad, a partir de la lectura de las crónicas escritas por Roberto Arlt durante su visita a la ciudad de Rio de Janeiro. Sus percepciones nos abren para pensar que en el contacto entre el huésped y el hospedero se establece una doble tensión que oscila entre el extrañamiento y el encantamiento. Y que esa tensión también está presente cuando se piensa que el extranjero puede ser, a su vez, bienvenido y rehusado por la diferencia que conlleva y, por lo tanto, por la amenaza que representa para lo que se entiende por lo *propio*, lo que configura una pretensa homogeneidad.

Palabras clave: Roberto Arlt; Crónica; Rio de Janeiro; Hospitalidad.

Palavras-chave: Roberto Arlt; Crônica; Rio de Janeiro; Hospitalidade.

Abstract

The article presents some considerations on hospitality and hostility, departing from Roberto Arlt's chronicles, specifically those written during his visit to Rio de Janeiro. His perception on *carioca*'s way of life lead us to think that the contact between guests and hosts implicates a double tension which oscillates from strangeness to wondering and vice versa. And that the same tension is also present when we think that the foreigner might be, at the same time, welcome and denied because of his intrinsic difference and because of the threat that he represents for what is understood as a homogeneous *self* identity.

Keywords: Roberto Arlt; Chronicles; Rio de Janeiro; Hospitality.

Hombres de frac

En 1845, Domingo F. Sarmiento, preocupado con los caminos de la civilización en territorio argentino, escribe *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga*, un tratado sobre la geografía, los hábitos y las costumbres de la reciente república, que buscaba

hacer un mapa explicativo de las condiciones de difusión de la cultura letrada y urbana de inspiración europea por los pampas salvajes. Era una manera de pensar la apertura de caminos para nuevas conquistas, reconfigurando un tipo de invasión que se hiciera familiar siglos antes con las misiones jesuitas que se proponían a catequizar a los indios guaraníes; si las armas en aquella ocasión eran la biblia y la pólvora, ahora serían la escuela laica y las academias de ciencia, destinadas a “elear”, o sea, “europeizar”, el nivel cultural del pueblo argentino (la pólvora, claro está, no dejaría de ser un subterfugio necesario). Las grandes olas de inmigración europea que vendrían a sucederse en el país algunas décadas más tarde¹ serían esperadas como manera de ocupación de las ciudades y de renovación de las costumbres, profesiones y vestimentas de sus habitantes. Los ideales inspirados en pensadores franceses como Rousseau, Montesquieu y Tocqueville fundarían las bases para la construcción de una democracia liberal en el país.

La Argentina, empezando por Buenos Aires, debería *europeizarse* y *desespañolizarse*,² en un proceso semejante al ocurrido en la misma España que, décadas antes, hubiera tenido que *afrancesarse* al gusto de los intelectuales liberales que defendían el fin de la monarquía inquisitoria. En 1799, el español afrancesado Francisco de Goya había publicado su serie de grabados intitulada *Los Caprichos*, en la que expone de manera sarcástica las prácticas de la Inquisición y diversas creencias inaceptables para los dominios de la razón.³ José López-Rey subraya en las imágenes de Goya aquello que identifica como cierta voluntad de superación, una fuerza que actúa en el sentido de la extinción de la “irracionalidad” tradicional y su sustitución por la racionalidad moderna:

Al descubrirse el tono polémico de la exposición de Goya, se hace claro que a él le guiaba no sólo el deseo de ridiculizar ciertos vicios sociales – prostitución, injusticia, mala educación, etc. – sino principalmente su necesidad de llevar al mundo de las formas plásticas aquellas formas y actitudes que hasta entonces habían existido sólo en la oscurecida o

¹ Es importante recordar que en 1876 se sancionó la ley de inmigración y colonización en Argentina, dando un gran incentivo a la inmigración europea.

² Según Sarmiento, Córdoba y Buenos Aires serían representantes de dos modelos de civilización, de los cuales debería triunfar el segundo: “Me he detenido en estos pormenores para caracterizar la época en que se trataba de constituir la República y los elementos diversos que se estaban combatiendo. Córdoba, española por educación literaria y religiosa, estacionaria y hostil a las innovaciones revolucionarias, y Buenos Aires, todo novedad, todo revolución y movimiento, son las dos fases prominentes de los partidos que dividían las ciudades todas, en cada una de las cuales estaban luchando estos dos elementos diversos que hay en todos los pueblos cultos. [...] Córdoba, de la España, los concilios, los comentadores, el Digesto; Buenos Aires, de Benthan, Rousseau, Montesquieu y la literatura francesa entera.” (SARMIENTO, 1999, p. 143).

³ Ver, por ejemplo, las láminas 23 y 24 de la serie *Los Caprichos*: “*Aquellos polbos*” y “*Nohubo remedio*”. Disponible para consulta en: <http://www.museodelprado.es/goya-en-el-prado/>

acalorada mente humana. Por otro lado, si la fantasía del artista usaba sus poderes de observación, capricho e invención para asir las atrayentes figuras y actitudes de brujas, duendes y otros monstruos albergados en la oscurecida mente humana, al mismo tiempo utilizaba esas figuras y actitudes como expresión de un mundo negativo que la razón debía eliminar. (LÓPEZ-REY, 1947, p.27)

Los ideales de la ilustración francesa eran en esa ocasión intensamente ansiados en la península,⁴ en un movimiento análogo al que se observa en la colonia, cuando Sarmiento atribuye al extranjero la tarea de ayudar a combatir los enemigos internos de la civilización y ayudar a construir un Estado independiente. Pareciera que, como dice Jacques Derrida, “Es siempre la situación del extranjero, también en política, venir como un legislador a hacer la ley y liberar un pueblo o una nación viniendo de afuera, entrando la nación o a la casa, al *chez-soi* que lo deja entrar después de haberlo interpelado”.⁵ La diferencia es que, en el caso de Goya, el choque con el extranjero tan esperado para salvar a su hospedero fue inmediato, y la llegada de las Luces se ofuscó por la violencia de las tropas de Napoleón Bonaparte, revelando, prontamente, que civilización y barbarie caminan juntas,⁶ y que el hospedero se termina convirtiendo en rehén de su huésped.⁷ Es lo que presentan las escenas emblemáticas de la serie de grabados *Los desastres de la guerra* (probablemente creada entre 1810 y 1815, pero inédita hasta 1863).⁸ Es importante recordar que, segundo López-Rey, Goya no habría perdido nunca la confianza en la supremacía de la razón: “La confianza en la supremacía de la razón nunca abandonó a Goya, ni siquiera en sus últimos años [...] Incluso en aquellas de sus obras en que aflora la realidad romántica, hay siempre una referencia, más o menos explícita, a la razón dominadora.” (1947, p. 33) Sin embargo, en una perspectiva diversa, Eugenio

⁴ Al analizar el anuncio publicado por Goya en el *Diario de Madrid* (06/02/1799) sobre sus *Caprichos*, López-Rey dice: “Nos damos cuenta de que tales explicaciones no hacen sino afirmar la confianza de Goya en el poder de la razón para acabar con el mundo negativo de los disparates humanos. La afirmación de que la educación puede curar al hombre de sus errores aparece con tanta frecuencia que no deja lugar a dudas que el artista participaba en las ideas de la Ilustración, corriente entre sus amigos.” (1947, p. 28).

⁵ Traducción indirecta del portugués del fragmento: “É sempre a situação do estrangeiro, também em política, vir como um legislador fazer a lei e libertar um povo ou a nação vindo de fora, entrando na nação ou na casa, no *chez-soi* que o deixa entrar depois de ter apelado a ele”. (DERRIDA, 2003, p. 109).

⁶ Como lo ha dicho Walter Benjamin al afirmar que nunca hubo un monumento de cultura que no fuera también un monumento de barbarie (1994, p. 225).

⁷ En la misma entrevista ya mencionada, Derrida dice que el hospedero que invita termina haciéndose rehén del huésped que habría venido a salvarlo y este último se convierte en hospedero del que invita: “É mesmo o senhor, o convidador, o hospedeiro convidador que torna refém – que sempre o terá sido, na verdade. E o hóspede, o refém convidado (*guest*), torna-se convidador do convidador, o senhor do hospedeiro (*host*). O hospedeiro torna-se hóspede do hóspede. O hóspede (*guest*) torna-se hospedeiro (*host*) do hospedeiro (*host*).” (2003, p. 109)

⁸ Se pueden ver varios ejemplos de la brutalidad de las tropas de Napoleón que impacta al pintor, entre la serie de grabados, ver “Con razón o sin ella”, disponible en: <http://migre.me/fAbGe>

d'Ors ya presentara, años antes, a Francisco de Goya como un pintor, sobretodo, barroco, con lo cual llamaba la atención para la imposibilidad de identificar un único eje centralizador en su obra (como sería la Razón en la lectura de López-Rey).

En la Argentina del siglo XIX, las tropas extranjeras ya no necesitaban apuntar sus cañones, puesto que siglos de colonización habían dejado élites letradas que se encargarían de abrir camino para los principios éticos de las Luces. En esa época, el tránsito de la metrópolis para las capitales coloniales se pudo dar en el plan físico de la inmigración y en el plan abstracto de las ideas. El nudo estaba, como lo demuestra la lectura de *Facundo*, en el movimiento de la ciudad al campo, en el conflicto implicado en la imposición de la ley del Estado republicano liberal en todo el territorio nacional, enfrentando elementos tradiciones que ofrecían fuerte resistencia.

Es en ese sentido que incorporar el gaucho, enemigo de la civilización,⁹ pasa a ser la clave para la disolución del viejo orden, dominado por el campo, y para la construcción de una nueva organización social, levantada sobre los fundamentos de las ciudades lideradas por cultos e ilustres, en las cuales actuarían profesionales liberales, abogados, médicos, jueces, en definitiva, *hombres de frac*. Según el narrador de *Facundo*, cada civilización posee sus vestimentas características y todo cambio en el sistema de ideas y valores de una sociedad debe representar nuevas tendencias en la moda, de manera que el avance de la civilización europea de inspiración renacentista, iluminada y humanizada, por la América colonial, debería acarrear la sustitución de las bombachas por los fracs. El gaucho, remaneciente de la barbarie y hecho extranjero en su propio territorio, tendría que ser travestido de ciudadano

Aún hay más: cada civilización ha tenido su traje, y cada cambio en las ideas, cada revolución en las instituciones, un cambio en el vestir. Un traje la civilización romana, otro la Edad Media; el frac no principia en Europa sino después del renacimiento de las ciencias; la moda no la impone al mundo, sino la nación más civilizada; de frac visten todos los pueblos cristianos, y cuando el sultán de Turquía, Abdul Medjil, quiere introducir la civilización europea en sus estados, depone el turbante, el caftán y las bombachas, para vestir frac, pantalón y corbata. Los argentinos saben la guerra obstinada que Facundo y Rosas han hecho al frac y a la moda. (SARMIENTO, 1999, p. 154).

⁹ Como dice uno de los pasajes de *Facundo* “era el comandante de campaña, el gaucho malo, enemigo de la justicia civil, del orden civil; del hombre educado, del sabio, del frac, de la *ciudad*, en una palabra.” (SARMIENTO, 1999, p. 158).

Lo que está en juego es una definición de las propiedades del ser nacional, de aquello que vendría a constituirse como lo *propio* y lo *extranjero*, de quien se adaptaría a los modelos de la ciudadanía y quién no. Cuestiones que se vinculan apenas como ficción al presupuesto del nacimiento en determinado territorio y que se refieren a decisiones políticas: a partir del momento en que el gaucho pasa a ser un exiliado en su propia tierra, pone en cuestión el principio de la soberanía del sujeto pautada en el nacimiento y lanza luz sobre la ficción fundamental de la coincidencia entre la vida desnuda del cuerpo biológico y la vida política del ciudadano; nacimiento y ciudadanía se desvinculan para que la vida desnuda aparezca como el lugar por excelencia del ejercicio de la decisión soberana.¹⁰

Enemigos del frac

Décadas más tarde, cuando la urbanización porteña ya estaba avanzada y la modernidad industrial empujaba los pampas cada vez más hacia el interior, Roberto Arlt escribe en una de sus crónicas diarias publicadas en el diario *El Mundo* (entre 1928 y 1942), las llamadas *Aguafuertes porteñas*, una apreciación bastante *sarmientina* sobre el gaucho: “El gaucho, en realidad, según entendemos muchos argentinos, no ha sido sino el elemento retrógrado, enemigo de la civilización, del progreso y del trabajo” (ARLT, 1998, p. 431). Frente a la revaloración del gaucho llevada a cabo por artistas y literatos – como el grupo que inaugura la segunda época de la revista *Martin Fierro* (1924-1927) y, en particular, el escritor Ricardo Güiraldes, que publicó *Don Segundo Sombra*, en 1927, novela que se considera como el último respiro de la narrativa de tema rural en Argentina -, el cronista manifiesta su incómodo con la búsqueda de un carácter nacional en esa figura pampeana. El gaucho, en lugar de ser un personaje digno de valoración y reconocimiento patriótico, sería un ejemplar “pre-civilizado”, cuya extinción haría parte del proceso evolutivo: “Y si había pasado por la Pampa, todo el mundo agradecido de que el espécimen hubiera desaparecido para dejar lugar al

¹⁰ A ese respecto, Giorgio Agamben discute la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano como el momento originario de inscripción de la vida natural en el orden jurídico-político del Estado-Nación, en el que el simple hecho del nacimiento se presenta como fuente y portador del derecho y constituye el fundamento para la ciudadanía. Sin embargo, los eventos de la Primera Guerra Mundial traen a luz la distinción entre nacimiento y nación y exponen la *vida natural* como lugar por excelencia de la decisión soberana: cabe al Estado definir cuáles hombres son ciudadanos y cuáles no lo son. El ejemplo extremo al que se refiere el filósofo son los refugiados y exiliado: “El que los refugiados (cuyo número nunca ha dejado de crecer durante nuestro siglo, hasta incluir hoy día a una parte no despreciable de la humanidad) representen, en el ordenamiento de la Nación-Estado moderna, un elemento tan inquietante, es debido sobre todo a que, al romperse la continuidad entre hombre y ciudadano, entre *nacimiento* y *nacionalidad*, ellos ponen en crisis la ficción originaria de la soberanía moderna. Al desvelar la diferencia entre nacimiento y nación, por un momento el refugiado hace que aparezca en la escena política aquella vida desnuda que constituye su premisa secreta.” (AGAMBEN, 1996, p. 45).

hombre que produce y vive honestamente y no molesta a sus prójimos con paradas de bravucón” (ARLT, 1998, p. 432).

El “spécimen” gaucho se habría hecho extranjero en una sociedad que exigía productividad y dominio de la técnica; y la nacionalidad tendría que vestirse de nuevos trajes, jubilandos los viejos pañuelos de colores y dejando lugar para las modernas corbatas:

Informarse qué pito toco el gaucho en la formación de nuestra cultura (suponiendo que ella exista), es mucho trabajo. Mejor es entusiasmarse al cuete. La frase ha corrido. Se hace nacionalismo con el gaucho, con el mismo criterio que un pobre muchacho quiere hacer elegancia con trajes que se han tirado por viejos. Eso es ridículo, lo cual no impide que sea muy nuestro. Tan nuestro que en cuanto se trata de informarse qué diablos es lo que ha hecho el gaucho, qué rieles ha tendido en la Pampa (que no es hermosa, sino terrosa), qué postes telegráficos ha colocado, qué usinas construyó... se encuentra usted con el vacío perfecto. (ARLT, 1998, p. 435)

Sin embargo, los personajes de Arlt no terminan de adecuarse en sus trajes y corbatas. Erdosain, protagonista de la novela *Los siete locos* (1929), funcionario de una compañía azucarera, es “el fraudulento, el hombre de los botines rotos, de la corbata deshilachada, del traje lleno de manchas” (ARLT, 2000, p. 31). Rigoletto, personaje del cuento “El jorobadito” (1933), es un hombre deforme físicamente, de rasgos mal hechos, de apariencia repugnante que, por más que vista una corbata inarrugable y un par de botas nuevas, jamás dejará de ser un intruso en la casa de una familia pequeño burguesa; en una tensa visita a la casa de su novia, Rigoletto se manifiesta: “-Este reloj pulsera me cuesta veinticinco pesos...; esta corbata es inarrugable y me cuesta ocho pesos... ¿Ve estos botines, treinta y dos pesos, caballero. ¿Puede alguien decir que soy un pelafustán? ¡No, señor! ¿No es cierto?”. Y le responden: “- ¡Claro que sí!” (ARLT, 1997, p. 14). Su inadecuación es patente.

En las crónicas del escritor, lo que se expone a diario son justamente imágenes que maculan el ideal indumentario del ciudadano ilustrado. A él se le oponen múltiples expresiones de aquellos que están justamente afuera del modelo liberal burgués, desde el afamado personaje Carlitos, el antihéroe del siglo XX, según Manoel de Barros,¹¹ que, al homenajear al vagabundo en pantalones deshilachados crea una tensión con las expectativas de una sociedad productiva; hasta las fieras más deshumanas de que puede haber noticia, con

¹¹ “O vagabundo de Chaplin é o herói do nosso século, o desherói”, dice Manoel de Barros en la película: *Só dez por cento é mentira*, de Pedro Cezar, disponible en: <http://www.sodez.com.br/>

sus actitudes delictivas anti-ciudadanas, pasando por indolentes *esgunfiados*, perezosos que se entregan a las delicias del ocio en los cafés de la esquina.

El narrador de las *aguafuertes porteñas* no teme enfrentar, con una mirada extranjera, a las cuestiones más temidas e intolerables de su tiempo, exponiéndolas como intrusas en las páginas de un diario que impulsaba valores de la modernidad burguesa y presentando a sus lectores una ciudad muchas veces desconocida.¹² Como escritor juega el rol de extranjero en su propia tierra y, como define Derrida en su lectura de los diálogos de Platón, cumple esa tarea que cabe frecuentemente al extranjero (*ksénos*) que es asumir el lugar de quien cuestiona y tomar la iniciativa por las cuestiones más temidas e intolerables (Cf. DERRIDA, 2003, p. 7 e 11).

Los *exhombres* que se exponen en las crónicas de Arlt entran en conflicto con los proliferos modelos de trajes para jóvenes ciudadanos. Mientras los anuncios publicitarios desafían los consumidores a adaptar su economía doméstica a las exigencias de la moda, preparándolos para comprar nuevos trajes de verano para sus hijos,¹³ el aguafuerte de Arlt expone el patetismo de los trajes de confección que se producen en serie para travestir de modernidad a los vagos que frecuentan los mercados decadentes de la ciudad de Buenos Aires: “Sobre aparatos increíbles inclinan sus caras congestionadas vagos con traje de confección y botines amarillos y gorra que aún conserva el aserrín del estante del comercio donde fuera comprada” (ARLT, 1998, p. 212).

La crónica intrusa provoca un violento extrañamiento al grabar la inscripción *ex*, lo que está afuera del modelo, como la imagen del fracaso, o de la forma inacabada, de ese mismo modelo.¹⁴ A raíz de ese cuestionamiento vendría una serie de aguafuertes dedicadas a hostilizar el pretense progreso que debería acarrear la incorporación de hábitos, valores, modelos culturales y estéticos que *aún* eran extraños en tierras porteñas.

El personaje de la crónica “El facineroso”, por ejemplo, es testimonio de un fracaso: el gaucho, el que “debería” haber sido sustituido por el ciudadano que trabaja y produce, termina podrido por la civilización; como un intruso, ocupa los extramuros de la capital porteña, se

¹² Al analizar las crónicas escritas por Arlt en la Patagónica, en 1934, Sylvia Saítta dice que el narrador preserva en ellas su crítica habitual a las clases medias y su desconfianza en relación a los profesionales liberales: “Asimismo, sostiene su habitual mirada crítica ante la clase media, que quiere aparentar más de lo que tiene, y su desconfianza ante las profesiones liberales, como los abogados o los médicos.” (SAÍTTA, 2008, pp. 18-19).

¹³ Uno de los anuncios publicitarios publicados en la página al lado de la crónica de Arlt, dice: “Ahora usted debe afrontar este nuevo gasto. Tiene que vestir de nuevo a sus niños con ropa de verano y, en los momentos en que vivimos, cada padre de familia debe cuidar más que nunca sus recursos.” (consultado en el diario *El Mundo* de 22/10/1931).

¹⁴ Según David Viñas, el eje temático central de las *aguafuertes porteñas* son las clases medias y, en particular, la humillación de pertenecer a ellas, porque son el exponente del fracaso del proyecto liberal que H. Yrigoyen intentara llevar a cabo en el país entre 1916 y 1930 (Cf. VIÑAS, 1967, pp. vii-xix).

agota en intentos vanos de adaptarse al universo del subempleo y termina en poco tiempo como un delincuente, un *ex* ciudadano, muerto en un asalto:

Lo pudrió la civilización

Él debía haber estado toda la vida en el campo, no haber salido de una estancia situada a trescientas leguas de Buenos Aires, pero la fatalidad le hizo orillar Mataderos. Luego conoció las fábricas de Avellaneda y Boca; tuvo su carrito, laburó de transportero, se complicó de la forma más estúpida en un robo, y cuando quiso acordarse, tuvo el manyamiento encima y un prontuario a la cola. Y el alma se le agrió. (ARLT, 2000a, p. 17)

En un lapso de nostalgia por un pasado perdido, el cronista visita agotado a algunos pueblos al rededor de Buenos Aires, arrabales que son la “negación” de la gran ciudad, en donde para una atmósfera de serenidad y sueños que se oponen a los hábitos impuestos por el progreso:

Porque nosotros, hombres de ciudad, estamos acostumbrados a un espacio de dieciséis metros cuadrados. A la oscuridad de los departamentos. Y a todo lo francamente abominable que el progreso, la tacañería de los propietarios y los digestos municipales han amontonado sobre nuestras cabezas. (ARLT, 1998, p. 236)

Si en la crónica “Algo más sobre el gaucho” (Buenos Aires, *El Mundo*, 05/12/1932), encontramos aquella apreciación tan negativa del “spécimen” gaucho, presentado como un personaje tradicional que encarna la imagen de un tiempo que se había superado positivamente:

Si se fuera al fondo de la cuestión, a las cifras, a las citas de los historiadores argentinos (no extranjeros), se descubriría que el elogio que se hace del gaucho, obedece quizás a la intensa alegría que esta langosta humana ha producido al desaparecer de la campaña, con su rancho piojoso, sus perros flacos y pulgientos y sus malas artes de desocupado sempiterno, que en tiempo de elecciones se mataba por cualquier caudillo que le pagara unos pesos con que jugar a la taba. (ARLT, 1998, p. 436).

En otros momentos, como en “Criollaje en Mataderos” (Buenos Aires, *El Mundo*, 27/03/1929), el mismo personaje se presentaba en una combinación de ironía y nostalgia. Con

ese gesto barroco de instalar la indecisión,¹⁵ que tanto aparece en la literatura de Arlt, encontramos aquí una lectura del gaucho como el que encarna el vigor de una vida sana que se habría perdido en las grandes ciudades, la fuerza de una civilización que, aunque bruta, cargaría una pureza que desafortunadamente dejara de existir: “Hombres de otra civilización. De una civilización que nosotros, desdichadamente, no podemos asimilar. Porque digo que estos hombres sólo pueden dar envidia. Tan grandes, tan sanos, tan recios son.” (ARLT, 1998, p. 234).

Ese narrador arltiano que no se decide por decir una sola cosa, transita entre polos opuestos y contradictorios, escapando de cualquier posibilidad de cristalización en una única posición. Ya no se sabe quién es el extranjero, si es el gaucho, si son el traje y la corbata, si es el progreso... Los símbolos de aquello que en otros momentos sería valorado como el avance de la civilización, como los postes de luz o las vías de tren que el gaucho no habría ayudado a construir, serían ahora las marcas del “abominable progreso”, un concepto intruso que se mostraba más hostil que hospitalero y de quien sus hospederos se estarían transformando en pasivos rehenes:

Y es que llega un momento en que las palabras asumen el carácter de moda; no interpretan un sentir sino un estado colectivo, quiero decir, un estado de estupidez colectiva.

Veamos esta palabrita Progreso.

De veinte años a esta parte hemos progresado bestialmente. En todos los órdenes. [...]

Hemos progresado. No hay zanahoria que no esté dispuesto a demostrárselo. Hemos progresado.

Es maravilloso. Nos levantamos a la mañana, nos metemos en un coche que corre en un subterráneo; salimos después de viajar entre luz eléctrica; respiramos dos minutos el aire de la calle en la superficie, nos metemos en un subsuelo o en una oficina a trabajar con luz artificial. A mediodía, salimos, prensados, entre luces eléctricas, comemos con menos tiempo que un soldado en época de maniobras, nos enfundamos nuevamente en un subterráneo, entramos a la oficina a trabajar con luz artificial, salimos y es de noche, viajamos entre luz eléctrica, entramos a un departamento, o a la pieza de un departamentito, a respirar aire cúbicamente calculado por un

¹⁵ Eugenio d’Ors dice que todo que se *barroquiza*, gesticula, e introduce, en ese gesto, una indecisión, o mejor, una multipolaridad en la decisión, que la desvía y hacer turbia. El crítico establece un vínculo entre el barroco y las fuerzas de la naturaleza, que no saben lo que quieren. Según él, todo producto del barroco, fiel discípulo de la naturaleza, quiere dos cosas a la vez y es necesario decir, por lo tanto, que no sabe qué quiere; en cualquier detalle barroco coinciden al mismo tiempo dos intenciones dinámicas (Cf. D’ORS, 1948, pp. 29-30).

arquitecto, respiramos a medida, dormimos con metro, nos despertamos automáticamente; [...]

¿Para qué?

Puede usted decirme, querido señor, ¿para qué sirve este maldito progreso? Sea sincero. ¿Para qué le sirve este progreso a usted, a su mujer y a sus hijos? ¿Para qué le sirve a la sociedad? (ARLT, 1998, p. 577-519)

El espíritu de las luces también se ridiculiza en la crónica que provocan literatos y periodistas que envían sus notas de viaje por Europa a los diarios de Buenos Aires, supuestamente deslumbrados con sus maravillas: “Todas estas pamplinas son cuidadosamente recogidas por esa gente que nos las aderezan con salsa de mala literatura y nos las envían para que nosotros, los salvajes, nos admiremos de los existe en la Ciudad Luz.” (ARLT, 1998, p. 622)

La tensión que la escritura de Arlt provoca con las aspiraciones modernas que pairan sobre la capital porteña en las primeras décadas del siglo XX puede traer a luz uno de los aspectos *goyescos* de sus crónicas, recordando que el mismo escritor las denomina “aguafuertes goyescas”: el asombro con las contradicciones de la modernidad. Aún considerando las singularidades de cada uno, el cronista, como el pintor, presentan una hostilidad en relación a ese extranjero del que se han hecho rehenes. Ambos dejaron expuestas en sus aguafuertes la decepción con el fracaso del espíritu de las Luces.

Sin embargo, al desplazarse de Buenos Aires, la perspectiva narrativa se altera y la posición extranjera del narrador arltiano asume nuevas connotaciones cuando enfrentadas a su extrañamiento en tierras ajenas, en donde su intrusión revela una posición bastante más sumisa que hostil a las concepciones de mundo que otrora le parecían resultar risibles.

Negros de frac

En 1930, el cronista Roberto Arlt sale de Buenos Aires rumbo a Montevideo, para después seguir viaje hasta Rio de Janeiro, en donde pasaría poco más de un mes. A bordo del transatlántico que lo llevaría a su destino, Arlt ocupa un lugar que le era extraño: viaja en primera clase; evento que Sylvia Saítta subraya como un momento decisivo que marcaría el ascenso social de ese escritor de origen humilde (2000, p. 118). Sin, con todo, dejar de destacar que en ese mismo barco, como le había pasado también a Lima Barreto, cronista de los pagos hacia donde se desplazaba Arlt, la condición intrusa de ese viajero en aquella clase

sería prontamente recordada: por la noche, en el vagón en donde se servía la cena, le impidieron el pasaje a Arlt por la inadecuación del traje blanco que eligiera vestir para la ocasión.¹⁶

Al llegar a Rio, el huésped no pasa de un ilustre desconocido, de cuya recepción y estadía no parece haber noticias.¹⁷ Su postura anticipa aquella que vendría a anunciar cuando, años más tarde, lo envían a la Patagonia y anota que viaja como los exploradores clásicos, munido de un par de botas, un saco de cuero y una pistola automática:

Como los exploradores clásicos me he munido de unas botas (las botas de las siete leguas), de un saco de cuero como para invernar en el polo, y que es magnífico para aparecer embutido en él en una película cinematográfica, pues le concede a uno prestancia de aventurero fatal, y de una pistola automática. (ARLT, 2008, p. 31)

El aire aventurero inspirado en las lecturas de Emilio Salgari (1862-1911) se hace menos evidente en el primer viaje a los trópicos que en ese segundo, destinado a los severos paisajes del sur argentino, pero el explorador clásico está presente en la actitud colonialista y en los principios evolucionistas que orientan la mirada extranjera de ese huésped en tierras cariocas.

Como relatos de viaje de conquistadores europeos entre los siglos XVI y XIX,¹⁸ las crónicas de Arlt en Rio de Janeiro reconfiguran el conflicto básico entre tradición y

¹⁶ El cronista Lima Barreto, en viaje de tren a *Mirassol* (en 23/4/1921), es invitado a ocupar un asiento en la primera clase. Poco después de la salida, el pasajero manifiesta su incomodidad y extrañamiento en relación a los compañeros del primer escalón: “Põem-se a conversar. O amigo ‘descoberto’ é o mais animado a falar. Fala mal dos cigarros pobres e alude a altos negócios de contos de réis. Envergonho-me da minha pobreza e dos meus humildes cigarros. Arrependo-me da viagem ou, antes, de não ter tomado a segunda classe. É o meu lugar.” (BARRETO, 1956, p. 47).

¹⁷ He encontrada datos escasos sobre la recepción de la Arlt en prensa carioca y los nombres de diarios y periodistas que él menciona en sus crónicas son desencontrados e indican poca afinidad entre el huésped y los compañeros que lo reciben. En la crónica intitulada “¿Para qué?” (Buenos Aires, *El Mundo*, 9/4/1930), Arlt afirma que se han realizado varias entrevistas por ocasión de su llegada y que esas se han publicado en el “*Diário da Noite*”. El periódico “*O Jornal*”, en donde supuestamente el escritor fue recibido no se ha localizado en los registros de la Biblioteca Nacional de Rio de Janeiro y, segundo Nelson Werneck Sodré, en la *História da imprensa no Brasil* (RJ: Mauad, 1999), Nestor Pestana y Vicente de Carvalho fundaron, en 1896, un periódico con ese nombre en Santos/SP; el secretario de redacción que Arlt menciona en la crónica “Redacción de *O Jornal*” (Buenos Aires, *El Mundo*, 13/05/1930), Figueiredo de Pimentel, inauguró una columna llamada “*O Binóculo*” en 1907 en *A gazeta de notícias* (según Brito Broca, *Vida literária no Brasil 1900*, RJ, José Olympio, 2005), y fundó, en 1930, según Sodré, con Orlando Ribeiro Dantas y Nóbrega da Cunha (posiblemente el segundo nombre al que se refiere Arlt en la misma crónica), el *Diário de notícias*. En la crónica “*Dos obreros distintos*” (Buenos Aires, *El Mundo*, 27/04/1930), Arlt menciona “*O Jornale*”, en donde trabaja el Sr. “*Novrega*”, y, en otro momento, denomina al periódico de “*Jornale da Noite*”, indicando ese descuido con la lengua y los nombres.

¹⁸ La bibliografía sobre el asunto es extensa e imposible de abarcar aquí. Algunos ejemplos son: la visita de Hans Staden a Brasil entre 1549 y 1555, contada en: *Duas viagens ao Brasil* (traducción de Guiomar C. Franco, SP:

modernidad, combinando el entusiasmo con la voluptuosidad de los colores, sabores y formas de la naturaleza y la pretensión de cargar un conocimiento y una experiencia civilizatoria que corresponderían a una etapa avanzada del tiempo en la escala de la evolución humana.¹⁹ En ese enfrentamiento, el *otro* (la tradición, en este caso), se ve muchas veces suprimida por el huésped extranjero que no agasaja a su hospedero, o lo hace solamente hasta el punto en que el arraigamiento en lo *propio* no permite ultrapasar. Al desplazarse para Rio de Janeiro, se impone en las crónicas de Arlt una pretensión de superioridad que caracteriza la mirada del *civilizado*, como el representante de una etapa avanzada del desarrollo humano que habría superado la barbarie y que se atribuye la tarea de contribuir para esa superación en todas las naciones del mundo. En el escenario carioca, el cronista identifica una etapa inferior en la escala evolutiva, donde los *ex* hombres aún no habrían llegado a un estado civilizado, en donde su fuerza bruta y sus hábitos remiten al universo desconocido del “salvaje”:

Una fuerza espantosa estalla en sus músculos. Hay negros que son estatuas de carbón cobrizo, máquinas de una fortaleza tremenda, y sin embargo algo infantil, algo de pequeños animalitos se descubre bajo su semicivilización.

Viven mezclados con el blanco; aquí encuentra usted una señora bien vestida, blanca, en compañía de una negra; pero el negro pobre, el negro miserable, el que habita en los rancheríos de Corcovado y Pan de Azúcar, me da la sensación de ser un animal aislado, una pequeña bestia que se muestra tal cual es, en la obscuridad de la noche, cuando camina y se ríe solo charlando con sus ideas.

[...]

¿Con quién hablan? ¿Tendrán un “totem” que el blanco no puede nunca conocer? ¿Distinguirán en la noche el espectro de sus antepasados? ¿O es que recuerdan los tiempos antiguos cuando, felices como las grandes bestias,

Itatiaia, 2002); la expedición francesa en la que está Jean de Léry y que llega a la Baía de Guanabara en 1855, narrada en: *Viagem à terra do Brasil* (traducción y notas de Sérgio Millet, BH: Itatiaia/SP: Edusp,1980); además del libro de J. B. Von Spix y Carl F. P. Von Martius: *Viagens pelo Brasil 1817-1820* (traducción de Lúcia Furquim Lahmeyer, SP: Melhoramentos, 1980). Son relevantes sobre el asunto los siguientes libros: Sérgio Buarque de Holanda, *Visão do Paraíso, Os motivos edênicos no descobrimento e colonização do Brasil* (SP: Cia das Letras, 2010); Luiz Roncari, *Literatura brasileira: dos primeiros cronistas aos últimos românticos* (SP: Edusp/FDE, 1995).

¹⁹ Sobre ese tema, es interesante el texto de Jefferson A. Mello que discute la relación entre los primordios de la literatura comparada y los relatos de viaje. A partir del ejemplo de la *Revue des deux mondes* (publicada en Francia a partir de 1831), un importante vehículo de expansión de la literatura comparada, y de los relatos de viaje que allí se publicaban, el autor identifica un mismo principio evolucionista que los orienta. El territorio colonial y las literaturas que en él se producían estaban, bajo esa perspectiva, subordinados a la centralidad del pensamiento y de la cultura europea, apagando cualquier alteridad en nombre de un único modelo civilizatorio. (MELLO, 1994, pp. 101-109).

vivían libres y desnudos en los bosques, persiguiendo los simios y domando serpientes? (ARLT, “Trabajar como negros”, *Mimeo*).

Rio de Janeiro podría estar tanto en América del Sur como en África, no importa; la distancia en relación a la civilización, Europa central, sería la misma: “Camino. No sé si estoy en África o en América” (ARLT, “Rio de Janeiro en día domingo”, *Mimeo*).²⁰ Años más tarde, cuando visita Marruecos, el cronista pasea por Tánger y observa las “moritas”: “Son pequeños animalitos” (ARLT, 1998, p. 699). Y dice que encuentra allí una especie de “sanatorio de bestialidad profunda” que actúa como cura para esa larga y terrible enfermedad llamada civilización (ARLT, 1998, p. 704). Una enfermedad que se instala y que no deja otro remedio a no ser su propio avance; los males de la civilización parecen querer curarse con más civilización, como si las fallas estuvieran en sus faltas, en su estado inacabado, como si fuera posible llegar un día a su pleno y perfecto nivel de desarrollo.

Lo que no podemos perder de vista es que el narrador de las *aguafuertes porteñas*, aunque identifique en Rio de Janeiro una ciudad menos civilizada que Buenos Aires: “Somos los mejores porque tenemos una curiosidad enorme, y una cultura colectiva magnífica. Comparada con la que hay aquí” (ARLT, “Amabilidad y realidad”, *Mimeo*), no se ilude con los alcances de la modernidad porteña. Paseando por las calles de su ciudad, anota: “Un hedor de grasa y de sebo escapa de estos antros. Uno no sabe si se encuentra en Marruecos, en Egipto o en Buenos Aires” (ARLT, 1998, p. 573).

Pero lo que podría ser una crítica *goyesca* de las *desrazones* de la razón parece abrirse para una percepción *sarmientina* del inacabamiento del proyecto de modernización: sería necesario seguir abriendo caminos para la expansión civilizatoria, ya no tanto ocupando el campo, pero sí los *arrabaldes*, los bordes aún excluidos de la modernidad. Por más extraño que pudiera parecer, habría que travestir a los trabajadores manuales y a los empleados de servicios con el vestuario y los hábitos de “altos” ciudadanos.

A ese respecto, es curioso un episodio narrado en una de las crónicas de Arlt escrita en Rio de Janeiro; cuenta que vagaba una tarde por la Avenida Rio Branco, aburrido como siempre y en búsqueda de algún atractivo, cuando, de repente, se ríe graciosamente frente a un espectáculo que se le presentaba a los ojos. Pregunta, entonces, a sus lectores si se imaginan qué podría haber provocado esa reacción:

²⁰ En otra crónica, leemos: “Pienso que esto puede ser Sud América como la costa de África” (ARLT, “Elogio de una moneda de cinco centavos”, *Mimeo*).

Yo sé que ustedes supondrán:

¿Habrá visto pasar a un señor en salida de baño por la rua?

[...]

¿Habrá visto algún negro de frac, algún mulato de alpargatas y monóculo; algún dependiente de panadería con cuello palomita y bastón forrado de piel de víbora? (ARLT, “Elogio de la triple amistad”, *Mimeo*)

No era ninguna de esas escenas que animara su día, y tampoco es la ocasión de revelar de qué se trataba...Lo interesante para nosotros es preguntarnos: ¿Por qué cualquier una de ellas sería un evento, divertido? El sarcasmo agresivo que el narrador arltiano no deja de lanzar parece tratar de la inadecuación entre algunos personajes que observa en las calles cariosas, que en su estrecha comprensión parecen demasiado “rudimentarios” para el espacio urbano, y cierta expectativa en cuanto a lo que se considera *civilizado*, no apenas el ciudadano de maneras refinadas, pero también aquel *cultivado*, educado por el arte y la literatura, claro está, aquellas de carácter popular y no elitista. Civilización y cultura se asocian en una unidad cuyo horizonte sería la construcción del moderno ciudadano metropolitano.

Por más que encontremos en las *aguafuertes porteñas* una exposición corrosiva de los aspectos patéticos de ese modelo citadino, al enfrentarse con la diferencia, es él que se impone: la evolución de una sociedad correspondería a su capacidad de integración a la modernidad y, en particular, a su efectiva ampliación del acceso a los bienes de consumo cultural. Y, en eso, Buenos Aires estaría mucho más avanzado que Rio de Janeiro.

Al analizar las crónicas que Arlt escribe sobre Rio, Raúl Antelo dice que “Arlt asume sin pudor ese semblante *hooliganista* en sus aguafuertes cariocas” e impone la diferencia cultural como un “absurdo intolerable e incomprensible” (ANTELO, 2008, p. 20). En esos textos, Brasil funcionaría como un espejo de aquello que Argentina podría perder: su civilización, aunque rudimentaria:

Algunos me dicen que la culpa es de los negros, otros, de los portugueses, y yo creo que la culpa es de todos. En nuestro país había negros, y había de todo, y la civilización sigue su marcha. No entiendo por civilización superabundancia de fábricas. Por civilización entiendo una preocupación cultural colectiva. Y en nuestro país existe, aunque sea en forma rudimentaria. (ARLT, “No me hablen de antigüedades”, *Mimeo*).

El turista intruso vaga por la ciudad en búsqueda de bibliotecas públicas, librerías, diarios de grande circulación, cines, teatros, conservatorios de música, pero se encuentra con su escasez (confundiéndola con su ausencia), con la precariedad de un escenario en donde lo moderno se presenta principalmente bajo la forma del trabajo y de su explotación incansable. El extranjero busca aquello que le es familiar y niega lo desconocido,²¹ hostiliza la diferencia sin dejar ninguna apertura para recibirla y demuestra su ignorancia en relación a tantas manifestaciones culturales que podría conocer.

Lo que parece querer encontrar son las marcas de construcción de la ciudadanía, entendida no apenas como los derechos concedidos a los individuos por su nacimiento en determinado territorio, pero también como el acceso a los bienes de consumo y, en particular, los de carácter cultural, anticipando los principios de cierto populismo modernizador que vendría a lidiar con el tema de la integración a la modernidad con “justicia social”, proceso en el que los medios de comunicación de masas serían las próximas armas para la construcción de la identidad de un pueblo.

Ustedes recordarán que en más de una nota yo hacía chistes respecto a nuestras bibliotecas de barrio y de nuestra superficialísima cultura. Ahora me doy cuenta que es preferible una cultura superficialísima a no tener ninguna [...] Es necesario viajar para darse cuenta de ciertas cosas. Lo bueno y lo malo. Teatro, diarios, novelas, cuentos, revistas, están formando en nuestro país un pueblo que hace que uno a lo lejos se sienta orgulloso de ser argentino [...] Y de pronto usted se da cuenta de esto. Que los malos escritores, los malos periódicos, las malas obras de teatro, toda la resaca intelectual que devora el público grueso, en vez de hacerle daño al país, le hace bien. Los hijos de los que leen macanas, mañana leerán cosas mejores. Ese desecho es abono y no hay que desperdiciarlo. Sin abono, no dan las plantas hermosos frutos. (ARLT, “Dos obreros distintos”, *Mimeo*).²²

²¹ Sobre ese aspecto, es interesante el análisis de Sylvia Saítta sobre las crónicas escritas por Arlt en la Patagonia. Según la autora, el cronista no modifica su aparato de percepción y apela al sistema de metaforización de su narrativa urbana para narrar y describir un escenario diferente (SAÍTTA, 2008, p. 12-13).

²² Otro ejemplo de esa misma percepción está en el siguiente fragmento: “Busco infatigablemente con los ojos, academias de corte y confección. No hay. Busco conservatorios de música. No hay. Y vean que hablo del centro, donde se desenvuelve la actividad de la población. ¿Librerías? Media docena de librerías importantes. ¿Centros socialistas? No existen. Comunistas, menos. ¿Bibliotecas de barrio? Ni soñarlas. ¿Teatros? No funciona sino uno de variedades y un casino. Para conseguir que la Junta de Censura Cinematográfica permitiera dar la cinta ‘Tempestad sobre Asia’, hubo reuniones y líos. ¿Periodistas? Aquí un buen periodista gana doscientos pesos mensuales para trabajar brutalmente diez y doce horas. ¿Sábado inglés? Casi desconocido. ¿Reuniones en los cafés de vagos? No se conocen. Tiraje máximo de un diario: ciento cincuenta mil ejemplares. Quiero decir ‘tiraje

No importa la calidad de esa “cultura”, puesto que fuera de ella no existiría ninguna. Por más pasible de fracaso que pudiera estar, sería la única alternativa. Como dice la consigna de Euclides da Cunha: “Estamos condenados a la civilización. O progresamos o desaparecemos”.²³ Y es eso lo que se sigue imponiendo. Aquello que en Buenos Aires aparecía de manera sarcástica como un síntoma del fracaso del proceso civilizador en un país colonizado, como en la crónica “Engañando el aburrimiento” (Buenos Aires, *El Mundo*, 26/09/1928), en que el narrador visita un teatro de variedades de segunda categoría y anota:

Y todo allí es triste y manido. Refugio de la pobreza y del fracaso, el teatrillo de variedades del centro, es como el islote de la mala muerte, de la bebida y del mal gusto. Y, sin embargo, la gente va. Va porque allí se aburre pensando que se divierte. Y a todos nos gusta engañarnos, ¡qué embromar! (ARLT, 1998, p. 134).

Aparece ahora casi como un “mal necesario”, una etapa por la cual sería necesario pasar en la escala evolutiva, cuyo fin ya estaría definido.²⁴ Pero, como todo se confunde en la escritura de Arlt y nunca se decide a decir una sola cosa, hay momentos en que le concede un lugar de honor a la cultura del pueblo brasileño, subiéndolo a la cima de esa escala, incluso arriba de sus compatriotas:

Lo cierto es que este pueblo se diferencia en mucho del nuestro. Los detalles que se advierten en la vida diaria nos lo presentan como más culto. Creo que

ideal’, 150.000 ejemplares, porque no hay periódico que los tire. No estamos en Buenos Aires. Es necesario convencerse: Buenos Aires es único en la América del Sud. Único. [En Rio de Janeiro] ‘Se travalla’. Esa es la frase. Se trabaja brutalmente, desde las ocho de la mañana a las siete de la tarde. Se trabaja. No se lee. Se escribe poco. Los periodistas tienen empleos aparte para poder vivir. No hay ladrones. Los pocos crímenes que ocurren son pasionales. La gente es mansa y educada.” (ARLT, “Solo escribo sobre lo que veo”, *Mimeo*).

²³ En el libro *Os sertões* (1901), disponible en: <http://www.dominiopublico.gov.br/download/texto/bn000153.pdf> (p. 30). Se puede pensar también, en ese sentido, la metáfora que Lezama Lima construye a partir del *Popol Vuh* para pensar el “problematismo americano”: “o *dictum* é inexorável, se não se alimenta do prato obrigatório, morre.” (LIMA, 1988, p. 65). Como explica Irlomar Chiampi: “Se entendemos que nessa passagem do seu ensaio Lezama inventa uma vasta metáfora para falar obliquamente do ‘problematismo americano’ (o ingresso da América na história ocidental, os dilemas da colonização), mediante os mitemas do *Popol Vuh*, poder-se-á reconhecer nas citações subseqüentes deste texto o complemento metafórico para aludir à dificuldade do homem americano na relação com o colonizador e na formação da sua cultura. [...] Segundo a lógica metafórica de Lezama, o alimento (o modelo cultural do colonizador) é imposto ao homem americano, pois este apresenta-se ao banquete da cultura, sem decidir pelo cardápio” (nota de Chiampi en: LIMA, 1988., p. 65).

²⁴ Otro ejemplo de la crítica a la “cultura avanzada” que habría en Buenos Aires y que se achata cuando se desplaza a Rio de Janeiro es: “He andado a patacón por cuadra por los corsos para ver cómo un pobre se divierte. Y se me ha caído el alma hasta los tamangos. Y es que hay que tirar la bronca. En esta ciudad, engrupida con el cuento de la democracia, el que menos, siempre, siempre y siempre, el que menos siempre se puede divertir es el que no tiene un cobre. Aquí las fiestas son para los cogotudos, para los que se pueden pagar el lujo de un auto, de un coche o de un palco. El resto que se jorobe” (ARLT, 1998, p. 244).

todavía predominan, con incuestionables ventajas para la colectividad, las ideas europeas. Si no fuera demasiado aventurado lo que voy a decir, al simple correr, no de la pluma, sino de las teclas de la máquina de escribir, lo transformaría en una categórica afirmación. Se me ocurre que de todos los países de nuestra América, el Brasil es el menos americano, por ser, precisamente, el más europeo. (ARLT, “Hablemos de cultura”, *Mimeo*).²⁵

Según la lectura ya mencionada de Antelo, Arlt asume, por un lado, la prepotencia de los sectores medios recientemente incorporados a la modernidad, exponiendo la urgencia de un iluminismo que se ha estrenado recientemente, y, por otro, la idealización de Brasil como sociedad diferente, amena y sin conflictos (ANTELO, 2008, p. 21). El cronista se pregunta: “¿Qué hago yo en esta ciudad tranquila, honesta y confiada?” (ARLT, “Rio de Janeiro en día domingo”, *Mimeo*), como se ha esa semicivilización carioca le faltaran también los vicios y desvíos de la civilización en estado avanzado, como la prostitución, el juego, la delincuencia, la vagancia, sus grandes temas en las *aguafuertes porteñas*.

Más allá de la indecisión que perturba constantemente en la escritura de Arlt, y más que un problema de xenofobia que alimenta conflictos entre nacionalidades, creo que las notas de viaje de Arlt a Rio de Janeiro exponen las tensiones implicadas en las definiciones de lo *propio* y lo *extranjero*, un proceso en el cual lo *propio* habría asumido las prerrogativas de la civilidad occidental como ineludibles. No se trata de un enfrentamiento a lo “brasileño”, sino de la asunción del modelo de civilización europeo como etapa avanzada del desarrollo humano, capaz de eliminar la barbarie. Esa misma cuestión se presenta adentro del territorio nacional, en la búsqueda por una identidad unitaria en la que los hábitos, el vestuario, los gestos deberían ser uniformes y conformes a los moldes de la civilidad urbana. Para que eso pudiera ocurrir, sería necesario asimilar a los extranjeros que han nacido en ese territorio, como sería el caso del susodicho gaúcho, de los habitantes de la región patagónica o de los *exhombres* que abundan en la ciudad de Buenos Aires.

²⁵ Otros ejemplos en la misma línea de lectura: “¿Gentileza? Si hay una tierra de América donde el extranjero puede sentirse cómodo y agradecido al modo natural de ser de la gente, es esta del Brasil. Niños, hombres y mujeres engranan sus acciones dentro de la más perfecta urbanidad.” (ARLT, “Algo sobre urbanidad popular”, *Mimeo*). “Aquí, será efectos del clima o de la educación, el pueblo es dulce, manso, tranquilo. Usted viaja en un tren cargado de gente pobre, y al cuarto de hora, si quiere, puede estar charlando con todo el mundo.” (ARLT, “¿Qué lindo país!”, *Mimeo*). “Me he convencido de que el minino brasileiro es cien mil veces más educado que nuestros purretes y cien mil veces menos retobado que el ‘botija’ uruguayo. El fenómeno se explica. Los chicos son o reciben el influjo de los mayores y del ambiente que los rodea. Y aquí la educación está tan impuesta aun a las clases más pobres, que, como en otra nota decía, los vendedores de diarios son señores, respecto a nuestros canillitas.” (ARLT, “O mininos”, *Mimeo*).

Sylvia Saíta subraya que Arlt, al llegar a la Patagonia, se encuentra con un territorio neutral, un país a parte, sin marcas de nacionalidad, lo que se explicaría, por un lado, por la gran cantidad de habitantes extranjeros (alemanes, suizos, ingleses, chilenos) y, por otro, por la ausencia de actuación del Estado en aquella región, observada en el abandono de las instituciones oficiales y en el deterioro de símbolos que contribuyen para la afirmación de una nacionalidad compartida.²⁶ Es decir que en aquel territorio, el huésped de la capital introduce un concepto extraño a los habitantes: el de la nacionalidad. “El porteño es mirado casi como un forastero que viene de otro país.” (ARLT, 1998, p. 96)

El forastero encuentra anomalías como estatuas de personalidades que adornan plazas públicas, pero cuya identidad no se puede reconocer, puesto que no tiene un cartel que las identifique. La ausencia de nombre propio instaura un desorden inaceptable en el que se pierde el principio unificador que esos bustos deberían representar.

La calle principal tiene tres casas de dos pisos, modernísimas, correo, gran salón de peluquería, la escuela normal mixta y enfrente, una plaza más larga que ancha, tupida de árboles con una columna en su centro, alta como un poste de teléfono. Esta columna de mampostería remata un busto representando a un señor de pera a la francesa y melena victorhuguesa. El busto puede representar a Bartolomé Mitre, a Clemenceau, al general Roca, o al poeta Guido Spano. Y emito los irreverentes pensamientos porque la semiestatua carece de placa que dé fe de su identidad. Dicha anomalía parece formar parte del orden público en estos territorios. (ARLT, 2008, p. 49)

Súmese a eso el hecho de que la diversidad étnica y cultural se contrapone a la unificación bajo la marca de la identidad nacional. La *desargentización* de los habitantes de la región patagónica crea una tensión con la búsqueda de una identidad plena, de un único *ethos* que debería ser capaz de familiarizar todas las diferencias:

Pueblos formados por extranjeros: alemanes, suizos, ingleses; masas trabajadoras constituidas por chilenos (catorce “pasos” hay, en la cordillera, sobre el Neuquén, entre Chile y la Argentina), han determinado en las poblaciones un olvido de su nacionalidad. Por otra parte, el Estado poco o

²⁶ Saíta llama también la atención para una percepción semejante de otros escritores sobre esa región, como Fray Mocho, Horacio Quiroga y Roberto Payró (En: “Prólogo” a ARLT, 2008, p. 20-21).

nada ha hecho a favor de los “pioners” que se desterraban voluntariamente del mundo civilizado. (ARLT, 2008, p. 95)

Por fin, la iniciativa colonizadora *aún* no habría sido suficiente para crear una civilización, la tradición y la vida natural *aún* se imponen sobre la vida civil de manera confusa y entorpecedora.²⁷

Se olvida uno lo que es, para qué está allí. Los esquemas de la civilización están semiborrados de la mente; prima en uno la vida animal, agradable, casi tibia, con sus llanuras que se entran por los ojos y el lago que es un pedazo de noche estrellada caído bajo el sol, y al cual el sol no consigue quitarle ni un tono de su profundo azulado sombrío. (ARLT, 2008, p. 84)

El Estado moderno *en construcción* sería ese elemento unificador capaz de contener la pluralidad de individuos y sus intereses, mediante su aceptación a pertenecer a un determinado territorio y frente al reconocimiento de la soberanía del Derecho que lo rige, con la contrapartida ofrecida al ciudadano de tener garantizadas su seguridad y la libertad de ejercer su individualidad.²⁸ Hay una ficción de homogeneidad en la que el *no-igual* debe ser eliminado, en la que todos deben vestir el mismo uniforme. Civilizar, hacer salir del estado de barbarie, parece corresponder a una *aculturación*, proceso en el que “la cultura” se entiende en singular. “La cultura” *aún* no habría llegado a los pampas, a la Patagonia o a Rio de Janeiro.²⁹

“La cultura” entendida como unidad cerrada y pauta en una identidad nacional, en un pacto territorial que impone la homogeneización de la diversidad, parece crear una ficción

²⁷ Es interesante hacer la relación con el “complejo del americano”, como le llama Lezama Lima, que sería: “acreditar que a sua expressão não é uma forma alcançada, mas problematismo, coisa a resolver.” (LIMA, 1988, p. 62).

²⁸ Massimo Cacciari analiza el *Nomos* de Carl Schmitt (*Der Nomos der Erde im Völkerrecht des Jus Publicum Europaeum*, 1950), un libro protagonizado por la “gran construcción del espíritu europeo”, en donde se debaten las posibilidades e imposibilidades del Estado como gran creador de la paz: “La *utopía* (o quizás, mejor, la idea normativa) que constituye el alma de esta construcción es evidente: la transformación progresiva del Estado en una máquina que pueda auto-regular perfectamente, *Machina machinarum*, el funcionamiento objetivo e inexorable, que detente una autoridad absoluta *porque* está completamente despersonalizada y despolitizada. Para Schmitt, éste es el paso metafísico decisivo en la concepción moderna del Estado, pero es un paso contradictorio en su esencia. Un mecanismo es por naturaleza incapaz de abarcar la totalidad, ya que es incapaz de subsumir ‘internus cultus et ipsa pietas uniuscujusque juris’ (Spinoza). La libertad de pensamiento, la *libertas philosophandi*, la libertad *interior* para adorar al Dios propio viene *de-cidida* por el culto exterior que se debe, ‘por contrato’, al Estado.” (CACCIARI, 1994, p. 112).

²⁹ Aquí se subraya la estrecha comprensión del concepto de cultura en singular, que se opone, por ejemplo, a la concepción de Lezama Lima, según la cual en donde surja la posibilidad de paisaje, entendido como naturaleza amigada con el hombre, tiene que existir la posibilidad de cultura (Cf. LIMA, 1998, p. 170).

de igualdad interna que tensiona la relación con el extranjero; en ese sentido, el cronista crítico de las paradojas de la modernidad en Argentina, se hace, en territorio extranjero, más “argentinófilo” que nunca, como lo dice en la crónica “Amabilidad y realidad”. Cuanto más se cierra la individualidad, más se hostiliza el contacto entre huésped y hospedero. Creo que es en ese sentido que Massimo Cacciari dice que, en la época moderna, el término latino *hostis* (huésped) se aproxima cada vez más del campo semántico de la hostilidad y se aleja del terreno de la amistad, de donde viene originalmente.³⁰ Agasajar al extranjero se hace cada vez más difícil, aunque pesen las promesas de un mundo globalizado en que todos se acercan o, quizás, justamente por ellas, puesto que la globalización no es nada más que la homogeneización occidental del mundo.³¹ Lo que esa falsa homogeneidad olvida observar es que el extranjero vive adentro, invade el territorio cerrado de lo que se define como *propio* y lo destituye de propiedad, lo que expone el tema de cómo lidiar con ese intruso. ¿Cómo incluir lo que está afuera, aún más si ya está adentro? ¿Cómo asimilar lo *ex*, la exclusión que ya está incluida?

Esas preguntas vuelven a la lectura de los *exhombres* en las *aguafuertes porteñas* de Arlt: ¿hasta qué punto el prefijo pone en cuestión al nombre? ¿El *exhombre* es el que está fuera o más allá de la condición de hombre? ¿Esa condición es la del ciudadano moderno? ¿El *exhombre* aún no ha llegado a ser un ciudadano o ha dejado de serlo? ¿Qué es lo que lo llevaría a esa condición? ¿Sería el acceso a los bienes culturales? La inclusión ciudadana se asocia cada vez más a la universal participación en el bienestar y comodidad facilitados por el consumo. Una promesa de igualdad que escapa como papel picado al viento. En el marco de

³⁰ Cacciari retuerce un poco la cadena que Benveniste dibuja a partir del término latino *hostis*: huésped-hospedero-hostilidad-enemistad (Derrida también trabaja sobre esa relación etimológica). Según Cacciari, se puede pensar un proceso histórico que sitúa poco a poco la palabra *hostis* en el campo semántico de la hostilidad: “Nuestra lengua ya no es capaz de captar el significado original que tenían antes estas palabras, es decir, ese indicar una relación esencial en virtud de la cual *hostis* era un término que se encontraba en el ámbito semántico de la hospitalidad y la acogida. También puede decirse, como afirmaba Benveniste, que *hostis* siempre tiene un valor recíproco y que esta reciprocidad hoy se da solamente en el ámbito de la enemistad y no en el de la hospitalidad y acogida” (CACCIARI, 1996, p. 18).

³¹ El mismo Cacciari dice que “a ‘globalização’ pressupõe a redução sistemática do lugar a idiotismo indiferente e a absoluta soberania do espaço a priori; a ‘globalização’ pressupõe, então, a história inteira do Estado moderno, e é por isso *ocidentalização* do planeta inteiro”. Para contribuir para la comprensión, recuerdo que Cacciari distingue “lugar” y “espacio”: el primero es apertura, es el confín que se mueve y se dibuja por el contacto entre los cuerpos, no es una frontera que delimita el lugar por lo externo, como continente: “o confim é o contato com o outro, nenhum confim pode eliminar o outro ou excluí-lo”. El segundo (el espacio) es cierre, es frontera, es una idea *a priori*, un espacio sin referencia a un cuerpo, definido por la exclusión, es un lugar que encierra a los entes que lo constituyen y es, por lo tanto, un lugar en donde no hay relación, sino confusión de cuerpos indiferentes en un espacio homogéneo. El Estado moderno produce, en ese sentido, lugares cerrados, transforma el confín en frontera, no tanto física y geográfica o política y estatal, pero sí cultural, económica, ecológica. (CACCIARI, 2005, pp. 16-20).

la *construcción* de la ciudadanía *aún* se espera extinguir la barbarie. En 1974, en prólogo al *Facundo*, Jorge Luis Borges escribía:

El *Facundo* propone una alternativa – civilización o barbarie – que se aplica, a mi modo de ver, al proceso cabal de nuestra historia. Para Sarmiento, la barbarie era la planicie de las tribus aborígenes y del gaucho; la civilización, las ciudades. El gaucho fue sustituido por colonos y operarios; la barbarie no está apenas en el campo, sino entre los plebeyos de las grandes ciudades, y el demagogo cumple las funciones del antiguo caudillo, que era también un demagogo. La alternativa no ha cambiado (BORGES, 2010, p. 189).³²

En pleno siglo XXI, ¿podemos decir que sí ha cambiado?

Referencias bibliográficas

AGAMBEN, Giorgio. “Política del exilio”. *Archipiélago*, Barcelona, número 26-27, invierno 1996, pp. 41-52.

ANTELO, Raúl. *Crítica acéfala*. Buenos Aires: Grumo, 2008.

ARLT, Roberto. *En el país del viento: viaje a la Patagonia 1934*. Buenos Aires: Simurg, 2008.

_____. *Los siete locos/Los lanzallamas*. Edición crítica de Mario Goloboff. Madrid; Barcelona; La Habana; Lisboa; París; México; Buenos Aires; São Paulo; Lima; Guatemala; San José: ALLCA XX, 2000.

_____. *Escuela de delincuencia*, Montevideo/Uruguay: Ediciones de la Banda Oriental, 2000a.

_____. *Obras. Aguafuertes*. Ensayo preliminar de David Viñas. Tomo II. Buenos Aires: Losada, 1998.

_____. *El jorobadito*. Buenos Aires: Losada, 1997.

_____. “Hablemos de cultura”. Buenos Aires, *El Mundo*, 6/4/1930, *mimeo*.

_____. “Algo sobre urbanidad popular”. Buenos Aires, *El Mundo*, 10/04/1930, *mimeo*.

_____. “Trabajar como negro”. Buenos Aires, *El Mundo*, 12/04/1930, *mimeo*.

_____. “Rio de Janeiro en día domingo”. Buenos Aires, *El Mundo*, 22/04/1930, *mimeo*.

³² Traducción indirecta del fragmento: “O *Facundo* propõe-nos uma alternativa – civilização ou barbárie – que é aplicável, a meu ver, ao processo cabal de nossa história. Para Sarmiento, a barbárie era a planície das tribos aborígenes e do *gaucho*; a civilização, as cidades. O *gaucho* foi substituído por colonos e operários; a barbárie não está apenas no campo, mas na plebe das grandes cidades, e o demagogo cumpre a função do antigo caudilho, que era também um demagogo. A alternativa não mudou”.

- _____. “¡Qué lindo país!”. Buenos Aires, *El Mundo*, 26/04/1930, *mimeo*.
- _____. “Dos obreros distintos”. Buenos Aires, *El Mundo*, 27/04/1930, *mimeo*.
- _____. “Solo escribo sobre lo que veo”. Buenos Aires, *El Mundo*, 30/04/1930, *mimeo*.
- _____. “Elogio de una moneda de cinco centavos”. Buenos Aires, *El Mundo*, 05/05/1930, *mimeo*.
- _____. “No me hablen de antigüedades”. Buenos Aires, *El Mundo*, 06/05/1930, *mimeo*.
- _____. “Amabilidad y realidad”. Buenos Aires, *El Mundo*, 07/05/1930, *mimeo*.
- _____. “Elogio de la triple amistad”. Buenos Aires, *El Mundo*, 11/05/1930, *mimeo*.
- _____. “O mininos”. Buenos Aires, *El Mundo*, 16/05/1930, *mimeo*.
- BARRETO, Lima. *Marginalia*. São Paulo: Brasiliense, 1956.
- BENJAMIN, Walter. *Magia e técnica, arte e política*. Obras. Volume 1. São Paulo: Brasiliense, 1994.
- BORGES, Jorge Luis. *Prólogos, com um prólogo de prólogos (1975)*. Traducción de Josely V. Baptista. São Paulo: Companhia das Letras, 2010.
- CACCIARI, Massimo. “Nomes de lugar: confirm”. Traducción de Giorgia Brazzarola. *Revista de Letras*. São Paulo, número 45, volume 1, 2005, pp. 13-22.
- _____. “El huésped ingrato”. Traducción de Jesús Perona. In: Francisco Jarauta (org). *Otra mirada sobre la época*. Murcia: Librería Yerba/Cajamurcia, 1994, pp. 103-120.
- _____. “La paradoja del extranjero”. *Archipiélago*, Barcelona, número 26-27, invierno 1996, pp. 16-32.
- CUNHA, Euclides da. *Os sertões*. Ministério da Cultura. Fundação Biblioteca Nacional. Disponible en: <http://www.dominiopublico.gov.br/download/texto/bn000153.pdf>
- Derrida, Jacques. *Anne Dufourmantelle convida J. Derrida a falar da hospitalidade*. Traducción de A. Romane. São Paulo: Escrita, 2003.
- LIMA, Lezama. *A expressão americana (1957)*. Tradução de Irlemar Chiampi. São Paulo: Brasiliense, 1988.
- LÓPEZ-REY, José. *Goya y el mundo a su alrededor*. Buenos Aires: Sudamericana, 1947.
- MELLO, Jefferson A. “Literatura comparada e literatura de viagem: estratégias ópticas”. *Magma revista*. Departamento de teoria literária e literatura comparada. FFLCH/USP, São Paulo: Humanitas, 1994, pp. 101-109.
- ORS, Eugenio d'. *L'arte di Goya. Seguito da Tre ore al Museo del Prado e da Una nuova visita al Museo del Prado*. Milano: Valentino Bompiani, 1948.
- SAÍTTA, Sylvia. “Prólogo” a Roberto Arlt. *En el país del viento: viaje a la Patagonia 1934*. Buenos Aires: Simurg, 2008, pp. 18-19.

_____. “Rumo ao Brasil em primeira classe: Roberto Arlt no Rio de Janeiro”. Traducción de Maria P. G. Ribeiro. *Revista USP*, São Paulo, número 47, setembro-novembro 2000, pp. 116-120.

SARMIENTO, Domingo F. *Facundo*. Buenos Aires: Emecé Editores, 1999.

VIÑAS, David. “Prólogo” a *Roberto Arlt, Antologia*. Cuba: Casa de las Américas, 1967, pp. vii-xix.